

Máscaras coloniales

Enrique Serna

En la sociedad novohispana la moral de las prohibiciones incitaba a la trasgresión afirma Enrique Serna —autor de El seductor de la patria y Ángeles del abismo, entre otros— y concluye que, entre burlas y veras, los desfiles de travestis no sólo contribuyeron a animar aquellas solemnes festividades de la época colonial sino a perfilar la identidad del movimiento gay contemporáneo.

La historia da tantas vueltas en círculo, que a veces los enemigos de la libertad resultan sus precursores involuntarios. Por un efecto de *boomerang*, cuando una tradición resucita siglos después de muerta, puede volverse en contra de las instituciones que la engendraron, sobre todo si se trata de una fiesta popular con potencial subversivo. Entonces los creadores de la tradición, horrorizados por haberle dado armas al enemigo, se apresuran a fingir amnesia para negar su paternidad. Así ha reaccionado la Iglesia católica ante un fenómeno contemporáneo con raíces muy antiguas: los desfiles de hombres afeminados. Desde finales de los 70, cuando empezó a celebrarse en México la Marcha del Orgullo Gay, la Iglesia católica y su principal cuerpo de élite, la Compañía de Jesús, han lanzado feroces anatemas contra los manifestantes, como si salir a la calle vestido de mujer fuera una grave ofensa al Señor. Pero un vistazo a los fastos religiosos del virreinato permite comprobar que en materia de travestismo, los jesuitas de antaño tuvieron una posición más tolerante y alivianada. De hecho, se les puede considerar pioneros de la jotería callejera, pues ellos organizaron el primer desfile de locas celebrado en nuestra ciudad.

La crónica del histórico desfile forma parte del *Festivo aparato por la canonización de San Francisco de Borja*, un opúsculo publicado en 1672, donde un redactor anónimo de la Compañía describe las máscaras graves y las máscaras facetas (burlonas) que salieron a las calles para celebrar la canonización del santo jesuita, como preámbulo al certamen poético convocado por el Colegio de San Pedro y San Pablo. El jueves 11 de febrero a las tres de la tarde, cuando repicaron las campanas del colegio, los bachilleres salieron a la calle disfrazados de locas, con pelucas grotescas y toscos ayales de jerga, como los que vestían las reclusas del hospital de Mujeres Dementes del Divino Salvador. “Ganó la vanguardia una turbamulta de atabaleras, que según las señas, tenían algo y aún algos de locas, que se habían soltado del célebre hospital donde se curan con jarabes de rebenques los males de cabeza. Todas llevaban rótulos a la espalda. El de la atabalera que iba pasando su vida a tragos, empinando a trechos la bota, era éste: *la devota*. El de la que retrataba la misma senectud decía: *la niñona*; en el de la más fea decía *la linda* y en el de la más abobada *la discreta*”.

La procesión de locas causaba enorme hilaridad en el público, que les lanzaba

requiebros y silbidos. Hacer escarnio de la locura femenina se consideraba, por lo visto, una travesura inocente, pues en aquella época piadosa y devota nadie compadecía a los enfermos mentales, sobre quienes recaía la sospecha de estar poseídos por el demonio. Pero más que denigrar a las locas, los participantes en el desfile parecen envidiar su desparpajo, su libertad para soltarse el pelo sin temor a ninguna sanción social. El desfile les brindaba una gran oportunidad para mandar al diablo los apretados corsés de la normalidad. Y como en los manicomios también había mujeres de alcurnia, algunos de los bachilleres travestís podían darse el gusto de llevar primorosos vestidos: “Inmediatas a las atabaleras se descubrían dos singulares locas de más estofa, como se notaba en el promontorio y pliegues de los guardainfantes. Sobre salían mucho los desgonzados aunque cuidadosos quiebres de la cintura, los afectados melindres con los que borneaban las alas del abanico y la puntual cortesanía de las reverencias. Procuraron algunos averiguarles la edad, y en el cómputo más escrupuloso, se resolvió que, según su arrugada y horrible catadura, cada una de las niñas cargaba con ochenta cuaresmas”.

Al parecer, las atabaleras de la vanguardia y los vejestorios de la segunda fila eran el equivalente de las modernas *drag queens*, es decir, travestís cómicos, exagerados hasta la caricatura. Pero en una sociedad como la novohispana, donde la moral de las prohibiciones incitaba a la trasgresión, no podía faltar un andrógino hermoso y provocador, con una feminidad natural que debió de moverle el piso a más de un canónigo: “Tuvo los mayores aplausos otra loquilla de pocos años y de tan buen gusto como gesto; ésta, galanamente afeitada y ricamente vestida, ahorró totalmente de la mascarilla común, engañando a todos con la misma verdad de la cara lavada. Era extraño lo mesurado de su rostro en las cortesías y tan singular su gravedad, que no faltó quien le diese el voto para reina de Calvatrueno”. De modo que si algunos bachilleres jugaban en broma a ser mujeres, otros jugaban en serio, ante la sorprendente complacencia de sus tutores jesuitas. Por supuesto, la tolerancia del travestismo en los desfiles y en el teatro, no significaba que la Iglesia

aprobara el vicio nefando cuando pasaba de la simulación a los hechos. Sabemos, por ejemplo, que los frailes homosexuales sorprendidos en flagrancia, a quienes la justicia llamaba “sométicos” (apócope de sodomíticos) eran tratados como herejes y condenados a la hoguera. Pero la existencia de tabernas donde se ejercía la prostitución masculina en los barrios de mala nota, deja entrever que la sociedad novohispana toleraba hasta cierto punto la homosexualidad. Seguramente esas tabernas podían funcionar porque muchos caballeros de noble linaje les daban protección desde la sombra. ¿Quiénes eran y cómo lograban ocultarse? Hay aquí un rico filón para quien se decida a escribir la novela gay del México colonial.

En tre burlas y veras, los desfiles coloniales de travestís no sólo contribuyeron a animar festividades que de otro modo hubieran sido demasiado solemnes, sino a perfilar la identidad del movimiento gay contemporáneo. ¿Será una coincidencia que hoy se llame *locas* a los homosexuales más notorios, o ese nombre proviene de

las máscaras facetas donde la juventud estudiosa parodiaba a las mujeres dementes? Es muy probable que antes y después de 1672 se hayan celebrado desfiles similares, no sólo en México, sino en España, donde seguramente comenzó el juego. Pero en España nunca se les ha llamado *locas* a los homosexuales, y quizá por eso, ni María Moliner ni la Real Academia dan ninguna noticia sobre este particular en sus diccionarios etnocentristas. Tampoco sirve de nada consultar el pésimo y anticuado *Diccionario de mexicanismos* de Santamaría, donde ni siquiera figura esta acepción de la palabra, a pesar de ser ampliamente usada en nuestro país. Que yo sepa, ningún filólogo serio se ha ocupado de este asunto. Pero cuando los especialistas callan, los legos podemos hacer conjeturas: como en la antigüedad, bajo la tutela del clero, era preciso fingir demencia para jotear en las calles, las *locas* mexicanas y las *folles* francesas quizá tengan un mismo origen etimológico que se remonta a los carnavales de la Edad Media.



La Catedral de México desde la azotea poniente del mercado del Parián, siglo xix, (anónimo)